

7

PALADARES DE CORDELIA

Un Paraíso
después del Paraíso

Y otros 9 relatos eróticos



PREMIO de
LITERATURA
ERÓTICA
VÁLGAME
DIOS.



LILY BLOSSOM

El Jurado del I Certamen de Literatura Erótica Escrita por Mujeres Válgame Dios, presidido por doña Sandra Barneda y formado por don Óscar Mariné, don José Luis García Berlanga, don Javier Rioyo, don Lorenzo Díaz, don Fernando Rodríguez Lafuente, don Raúl del Pozo, don Jon Sistiaga, doña Carmen Rigalt, doña Candela Arroyo, doña Joana Bonet, don Boris Izaguirre y don Julio Valdeón, falló por unanimidad conceder el primer premio al relato *Un paraíso después del paraíso*, de Laura M. Lozano, por tratarse de una obra original en su planteamiento, transgresora en cuanto al asunto bíblico que menciona y escrita con pulso y notable agilidad. El segundo premio fue para *Las manos de Kehichi*, de Liliana Savoia, y el tercero para *La utilidad del himen*, de Gloria de Castro Pascual.



Primera edición en REINO DE CORDELIA, diciembre de 2014

Edita: Reino de Cordelia
www.reinodecordelia.es

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

Avd. Alberto Alcocer, 46 - 3º B
28016 Madrid

© Laura M. Lozano, © Liliana Savoia, © Gloria de Castro Pascual, © Alejandra Spinetta, © Carmen Mallart,
© M^a Ángeles Paniagua Olmedillas, © María José Miquel Miquel, © Ana María Feito Álvarez,
© Daniela B. Ehrenfried y © Isabel Rodríguez Sanz, 2014

Ilustración de cubierta, © Óscar Mariné, 2014

ISBN: 978-84-15973-47-8
Depósito legal: M-34389-2014

Diseño y maquetación: Jesús Egido
Corrección de pruebas: María Robledano

Impreso en la Unión Europea
Printed in E. U.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Un Paraíso
después del Paraíso

Y otros 9 relatos eróticos

I Premio de Literatura
Erótica Escrita por Mujeres
Válgame Dios



Índice

Un paraíso después del paraíso, por Laura M. Lozano	13
Las manos de Kehichi, por Liliana Savoia	45
La utilidad del himen, por Gloria de Castro Pascual	55
Atadas al poste, por Alejandra Spinetta	73
Beso, polvo y potaje, por Carmen Mallart	87
El cumpleaños de la abuela, por M^a Ángeles Paniagua Olmedillas	105
Cuando la vida es sexo, por María José Miquel Miquel	125

Cuestión de huevos, por Ana María Feito Álvarez	159
Cartas encontradas, por Daniela B. Ehrenfried	195
Cubertería de acero, por Isabel Rodríguez Sanz	231



PREMIO de
LITERATURA
ERÓTICA

VÁLGAME
DIOS.

Un paraíso después del paraíso

LAURA M. LOZANO RAMÍREZ

LA VOZ DE EVA resonó en el silencio que reinaba en el frondoso Jardín del Edén. Escondida tras la higuera, llamaba a su compañero mientras procuraba ocultarse y arrancaba con nerviosa avidez algunas hojas para entretejerlas y cubrir con ellas su cuerpo. Indecisa y asustada, volvió a llamarle, esperando una respuesta que le indicara qué hacer. Todo había ocurrido tan rápido que no podía pensar con claridad. Sentía miedo, habían desobedecido la única norma que les había impuesto el Creador y estaba aterrada.

—Adam, ¿dónde estás? —dejó escapar de nuevo con voz vacilante, experimentando un desasosiego que la ahoga-

ba sin poder remediarlo, temía ser descubierta por el Hacedor.

El sonido del viento y el batir de las alas de las aves posadas en las ramas cercanas fue todo lo que recibió como respuesta. “¿Dónde estará Adam?”, se preguntó intrigada. Intentaba recordar lo sucedido. ¿Habría huido temeroso del castigo que les impondría? Pero ¿adónde?, y además sin ella. Su mente estaba bastante confusa. Solo tenía claro que, desde el momento en que mordió la manzana y se la dio a probar a Adam, lo único que recordaba de manera nítida y limpia era que aquel atrayente trozo de fruta fresca y deliciosa le pareció algo que nunca antes había probado y que había despertado en ella una sensación que jamás había experimentado, un escalofrío le había recorrido de arriba abajo la espalda mientras el vello del cuerpo se le ponía de punta. Cuando se la ofreció a Adam, contempló gustosa cómo este arrancaba con sus dientes otro pedazo de la fruta y cómo sus labios se llenaban de un jugo que le chorreaba por las comisuras mientras masticaba.

Esa primera sensación que surgió sin pensarla en su cabeza desencadenó un

pinchazo ardiente que le erizó la piel. Era su primer deseo, recoger con su lengua aquel líquido de la boca de Adam y saborearlo de sus mismos labios. ¡Qué néctar más delicioso debía ser aquel! ¡Qué profunda emoción la de aquella codicia! Abrumada de percibir tantas emociones nuevas a la vez, se sintió perturbada. Trataba de comprender lo que estaba descubriendo en la belleza de las facciones de aquel hombre que Dios le había dado por compañero: su rostro joven y terso con barba apuntada, su cuerpo fuerte y vigoroso y el placer que experimentaba al morder la fruta dejando escurrir sus jugos. Quizá sin darse cuenta todavía de lo que estaba a punto de sucederle, parecía que con el trozo de fruta se estaba tragando todo el conocimiento del universo, que de una forma increíble, ella vio aparecer asomado a un brillo distinto de sus ojos cuando la miró y la descubrió hermosamente desnuda, para desearla al instante también. Pero un espantoso sentimiento de vergüenza afloró enseguida y Adam se retrajo de inmediato al notar los ojos de Eva posados en su cuerpo. Y ella, más curiosa, a pesar de nacer en ella la misma vergüenza, fue consciente de aque-

lla desconocida atracción por su hombre, por verlo de la forma en que ahora lo veía y contemplarlo como realmente era por primera vez. ¿Qué hechizo había liberado aquella manzana prohibida para ver a Adam como un hombre distinto? Sin duda, los mil secretos escondidos entre sus néctares abrieron los ojos de Eva de un modo esclarecedor.

Temerosos de la presencia del Creador, cada uno huyó a esconderse. La tronante voz de Dios retumbó en cada rincón del Edén, pero sobre todo en sus oídos. Y aquella misma voz que no dejaba de reprenderlos y sentenciarlos por su indisciplina, se tornó difusa en la mente de Eva cuando, al pensar de nuevo en su hombre, recordó con estremecimiento e impactante sorpresa que la desnudez de su pareja era algo bello y sin duda muy atractivo. La voz del Creador ya no le importaba lo más mínimo, no quería que nadie le impidiera volver a admirar tan excitante belleza. Y con carnal deleite, al contemplarse a sí misma descubrió, con asombro, su propia desnudez y entendió por qué los ojos de Adam también la habían devorado en aquellos escasos momentos en los que sus miradas se cruza-

ron. Instintivas, sus manos corrieron a cubrir el objeto de su turbación. La derecha ocultó sus senos, la izquierda su pubis, pues ni allí, bajo el amparo de la inmensa higuera y los arbustos que la ocultaban, se creía a salvo del Omnipresente. Y más ahora que, desde la improvisada guarida donde escondía su desabrigo, creyó oír la voz de su hombre que la acusaba ante el Hacedor de haberle seducido para comer de la fruta.

Recibieron una dura condena por su desobediencia. Eva pensó que castigarles por probar la fruta que la Serpiente le ofrecía como única, y que le hizo ser consciente de su propia feminidad, era excesivo. El tiempo que estuvo oculta y asustada, la imagen de Adam frente a ella no se apartó de su mente, recordarlo la puso nerviosa y, sin saber por qué, recordar cada parte de su cuerpo le producía un placer desconocido que la llenaba de alegría y gozo. Experimentaba nuevas emociones conforme sus ojos mentales repasaban aquel cuerpo formidable y desnudo: su carne joven, lisa y bronceada, sus fuertes músculos, aquel monumental culo de curvas perfectas, sus fornidas piernas que, como dos columnas, le sostenían y,

entre ellas, aquel pene suelto rodeado de una frondosa y oscura pelambreira. Extraordinariamente, su mano posada sobre la piel de sus pechos estaba caliente, y recorrerlos en su redondez mientras pensaba en Adam resultó tan agradable... Descubrir el deleite que le ofrecían sus pezones al ser acariciados por ella misma, le erizó la piel. La otra mano, sobre el vello de su pubis, se deslizó hasta la húmeda entrepierna, donde serpenteaba una sensación de cosquilleo encantador, que más y más agradable resultaba si repetía las caricias. Una inefable impresión de asombro y calor la invadió reiteradamente al hallar en ella un deleite sin comparación y repetir aquella excursión por su cuerpo pensando en su compañero.

No sabía si era miedo o era algo más, pero estaba muy alterada, la respiración muy agitada y su sexo tan húmedo y palpitante que la claridad de sus pensamientos se enturbió volviéndolos borrosos y confusos. Solo podía concentrarse en la delicia que recibía de su cuerpo. Poco a poco, empezaba a arder con claridad su único deseo: vivir esa experiencia junto a Adam, tocarle, reconocerle, descubrir todos los secretos del paisaje de su anatomo-

mía para poder dibujarlo en su mente y renovar aquel proceso de placer sensual que aún no llegaba a entender muy bien, pero que era adorable y la llenaba de un gozo insólitamente indescriptible. Sin embargo, en el fondo de su ser, advertía la sombra triste de una culpa, un terrible sentimiento de estar portándose mal, que su conciencia le gritaba haciéndola sentir que su conducta la apartaba del Hacedor y de todo lo que conocía hasta ese momento. Pero cuanto más pensaba en eso, más grande era aquel deseo incomprendido e intenso que le provocaba querer estar con Adam: tocarse, tocarle, besarle, acariciarse y acariciarle...

Ya no era la Eva de siempre, la que tenía todo. Una metamorfosis se había obrado en ella. Ahora era una nueva Eva, la que no tenía nada, la que tenía todo por experimentar, la que deseaba saber más de aquel hallazgo seductor que, al ver al nuevo Adam, su cuerpo demandaba con premura. Quizá estaría portándose mal allí, escondida, sin dar la cara, gozando de aquel instante íntimo en que se acariciaba a sí misma, pero ya no había marcha atrás. Sabía bien que ni acusando a la sibilina serpiente, procaz y as-

tuta, que la enredó, iba a salvarse del rés-pice divino. Tenía que salir de su escondite y afrontar su destino; si morder la manzana le había abierto los ojos y destapado tales delicias, ¿qué más estaría por venir? Decidió ir al lado de su compañero para correr juntos la misma suerte por haber sucumbido a la tentadora Serpiente. Dos ángeles provistos de espadas flamígeras los arrojaron del Edén con unas pieles para cubrir sus cuerpos.

Largo fue el caminar cuando quedaron desamparados de la Omnipotente Protección, y dura la jornada, sin agua, sin nada que llevarse a la boca... Al caer la noche, bajo la brillante luz de una inmensa luna llena, el frío arreció. Buscaron cobijo en una cueva que encontraron a su paso y Adam encendió un fuego para recobrar el calor a su vera. Sentados, abrazados muy juntos, Eva comenzó a evocar todo lo que experimentó al ver a Adam desnudo. Podía parecer extraño que en medio de tanta desgracia, aquella imagen, solo aquella imagen, llenara su mente; pero había sido tan impactante que, con morbo, se recreaba en ella. Deseaba decirle a su hombre qué emoción había sentido al verle, pero lle-

na de pudor, le impedía ser tan natural como era antes.

—Adam, esta mañana me encantó verte desnudo, nunca antes me fijé en ti de esa manera y me ha gustado tanto... —dijo al fin haciendo un esfuerzo.

—A mí me pasó lo mismo —aseguró él con más soltura—. Después de morder la manzana algo cambió en mí de repente. Vi tu cuerpo tan hermoso, tan atractivo, las curvas de tus caderas y la tersura de tus pechos. Y deseé tocarlo, saborearlo intensamente, como la fruta que me diste a probar. Y eso es lo que me pide el cuerpo ahora. Levanta, Eva —le ordenó—. Haré una cama suave con la piel de tu ropaje y nos taparemos al amor del fuego con la que me cubre a mí. Estaremos así más juntos, más cómodos y más calientes, ¿no crees?

—Estoy segura —dejó escapar con un hilo de voz suave y mordaz acompañado de una sonrisa que atrapó a Adam de inmediato.

El improvisado tálamo quedó listo al lado de la fogata. Eva y Adam se recostaron sobre él y se cubrieron. Abrazados notaron por primera vez el calor de sus cuerpos y la suavidad de su roce en con-

tacto directo. Con cierta timidez, Eva se disponía a acariciar a Adam, pero él le cogió la mano y la detuvo. Sus ojos brillantes reflejaban las lenguas rojizas del fuego que ardía cercano; se miraron un largo rato en la penumbra de la gruta y él acercó su boca a la de ella para besarla suavemente.

Eva recordó como un fogonazo las emociones de aquella misma mañana y arrastró la mano del hombre hasta uno de sus senos, la posó sobre él y le incitó a acariciarlo. Algo confuso, Adam aprendía con ella, intuía lo que deseaba y se dejaba invadir por aquella pasión que llenaba de golpe su cabeza al sentir entre sus manos las tetas turgentes de una hembra joven y atractiva y un cuerpo que respondía al tacto. Dentro de su ser, un placer infinito le robaba la cordura a cada instante.

Ella le tocó por fin, recorrió con avidez contenida el pecho de Adam; notaba cómo su piel se erizaba a su paso y sus pezones reaccionaban al igual que los suyos al ser rozados. Adam se volvió hacia ella y la besó como respuesta a la cálida oleada de excitación que recorrió su cuerpo ante tal acierto, descubriendo una

erección, que Eva notó asombrada entre sus piernas. Con extraordinaria curiosidad destapó la piel que les cubría, y aquel enorme pene apareció delante de ella en todo su esplendor. Sin saber cómo había crecido de tal manera aquel apéndice de carne, lo cierto era que su atracción enigmática le reclamaba potente, brillante, poderoso. Le gustó desde que lo vio, adoró para siempre aquella textura fuerte, dura, diferente. Loca por jugar con él, lentamente alargó una de sus manos para tocarlo. Estaba preparada para ser invadida por nuevas emociones, que se acrecentaron con su suavidad. Instintivamente subía y bajaba la mano por el hermoso falo que él le ofrecía expectante, complacido por aquella maniobra sabia de Eva.

Adam se dejaba hacer preso de las mil sensaciones que ella le proporcionaba gustosa. Extasiado, buscaba sus labios para besarlos como una fiera, con una pasión que le nacía de lo más hondo de su ser. Amasó sus pechos con un deleite especial, con un placer inusitado, en tanto descubría el sabor de sus besos desenfrenados. Un ardor profundo que crecía con cada gesto de aquellos inexpertos tocamientos manifestaba la na-

turaliza de su sexualidad. Excitante y apasionante...

Mientras Adam se la comía a besos, Eva deseó algo parecido a lo que ella le había ofrecido y, de un modo natural, llevó una de las manos de Adam hasta su entrepierna, que cada vez estaba más y más húmeda y resbaladiza. Posó la mano de su hombre sobre la grieta donde su vulva nacía, para que la sintiera palpar, incitándole a que hundiera sus dedos en ese abismo desconocido de su cuerpo.

Con respiración jadeante y ansiosa, Adam la obedeció; sus dedos abrieron los labios y resbalaron entre los pliegues húmedos de su sexo. Eva sintió que la invadía un maravilloso placer, una felicidad prodigiosa e inesperada ante aquellos apéndice juguetones e investigadores que encontraron el hueco más profundo de su feminidad. Primero suave, temeroso de dañarla, pero al ver que Eva le invitaba a seguir y se mostraba cada vez más excitada, continuó introduciéndolos en el mágico hueco repetidas veces: hacia dentro y hacia fuera, una y otra vez, a dentro, a fuera, arrancando de su compañera un sinfín de oleadas de placer que la elevaban fuera de la realidad, mientras

su mano se embadurnaba de aquella secreción resbaladiza que emanaba de su interior.

Sin dejar de parar para recobrar el aliento, Eva agarró la potente verga de Adam con determinación. La deseaba, la ansiaba y se rozó con ella la cara, el cuello, los pechos..., dispuesta a disfrutar y dar rienda suelta a un instinto interno que se desbordaba por momentos. Quería más, mucho más de aquel placer encontrado. El ardor la abrasaba y, con la respiración completamente agitada, miró la expresión de Adam, que no ocultaba su deseo, y le sonrió; acarició con cierto ritmo el falo erecto, y este se dejó hacer envuelto en aquella delicia. Sus cuerpos desprendían un calor húmedo y un olor a sudor desconocidos que la apasionaban del mismo modo que el miembro rígido de Adam entre sus manos. Eva continuó con aquel juego de movimientos acompasados hasta que oyó de su hombre un gruñido placentero y notó en sus manos un líquido lechoso, caliente y pegajoso que como el chorro de una fuente se desparramaba. Fascinada, percibió que emanaba un olor fuerte, que, sin dudarlo, se lanzó a probar con la punta de su lengua, llenando-

se del sabor agridulce de aquella crema. Adam parecía muy complacido observándola; lentamente alargó uno de sus dedos y restregó sobre sus labios el fluido lechoso que había salido de su miembro. Ella vibró de gusto, pero se daba cuenta que él estaba agotado. Se arrimó a su lado para acoplarse a él y Adam la rodeó con un brazo. Cubiertos con la piel, los dos amantes sonrieron llenos de satisfacción y felicidad.

—Debemos dormir —le dijo besándola en la frente.

—¿Adam, qué nos ha pasado que hasta ahora no habíamos descubierto este don de nuestros cuerpos? —le preguntó todavía sorprendida—. La luna sigue en el mismo sitio, el sol saldrá tras el alba como cada día, los animales corren por el campo y las aves vuelan en el cielo. Las flores abrirán sus pétalos por la mañana... ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estuvimos que nada de esto conocimos hasta hoy? Andábamos desnudos y nunca me di cuenta de la belleza de tu desnudez. La adoré nada más comer de aquella fruta; se nos abrieron los ojos. La Serpiente tenía razón cuando me dijo que obtendríamos el conocimiento, que descubriríamos cosas

insospechadas. No sé por qué corrí a buscar aquellas hojas para cubrirme; no sé por qué no me dejé caer en tus brazos cuando se destapó tu hermosura para gozar de esto que somos, hombre y mujer.

—Dios nos dijo que moriríamos por comer la fruta del Árbol de Conocimiento —le recordó Adam pensativo—, pero si he de morir tras haberte conocido de esta manera, mi Eva, nada me importará, pues he descubierto verdaderamente la felicidad de tenerte. Mañana lo repetiremos a la luz del sol. Será más placentero mientras nos entregamos a este deseo que nos arrebatara bajo sus cálidos rayos.

—Sí... a la luz del sol será mucho mejor.

—Ahora durmamos juntos, abrazados todos los días que nos queden a partir de hoy.

—¿Y cómo llamaremos a esta delicia? —añadió ella tras unos segundos de duda.

—Amor, lo llamaremos amor —dijo sin dudar.

—A-m-o-r —pronunció sonoramente y despacio, arrastrando cada letra—. Me gusta. Amor. Suena muy bien —le

sonrió—. Cuando salga el sol volveremos a hacer más amor de este para los dos. Antes de caer vencida por el sueño, ahíta de placer, Eva cerró los ojos para revivir una vez más los increíbles placeres descubiertos aquel día. No se sintió desdichada por haber perdido su privilegiado lugar en el Edén: acaba de descubrirse a ella misma y por ende a su compañero y deseó intensamente que llegara pronto el nuevo día para repetir la experiencia bajo el astro rey.

Remolona, Eva se desperezó bajo la piel que la envolvía y alegre alargó su brazo en busca del cuerpo de Adam, pero él no estaba. Intentó incorporarse para buscarle entre los rincones abruptos de la gruta. Todavía humeaban los rescoldos de los troncos, cuyas brasas rojizas desprendían un suave calor. Las imágenes de ellos juntos se impusieron en sus pensamientos, y como un resorte se levantó dispuesta a encontrarle. Él había salido de caza y poco después había regresado con un trozo de panal repleto de miel y una liebre, que despellejaba junto a un árbol.

Al salir de la gruta, Eva le vio ocupado en la faena y lo deseó vivamente.